

Día 7º. MARTES PRIMERO (23 de Febrero): la oración transforma el alma como tierra fértil para acoger la semilla divina.

Cuentan de un hombre que estaba subido al tejado de su casa durante una inundación; el agua le llegaba a los pies, y pasó uno con una canoa y dijo:

-He venido a salvarte!

-¡No!, dijo él, he rezado a mi Dios y Él me salvará.

Pasaba el tiempo, el agua le llegaba ya a la cintura, cuando llegó una lancha a motor:

-¿Quieres que te lleve a un lugar más alto?

-No, gracias, tengo fe en Dios, a quien he rezado y Él me salvará.

-Tú te lo pierdes...!- cogió la lancha y se fue. Y cuanto el agua le llegaba al cuello, lo vio un helicóptero que ya lo había divisado desde lejos, y con las sirenas encendidas, y con el altavoz le gritan:

-¡Cógete a esta cuerda y te subiremos!

-¡No gracias, he rezado a mi Señor y tengo fe en Él, que me salvará!

Desconcertado, el piloto dejó a aquel hombre en el tejado y, poco después, moría ahogado; y cuando fue a recibir la recompensa, se presentó ante Dios y le dijo:

-Señor, yo tenía total fe en que tú me salvarías y me has abandonado: ¿Por qué?. Y dice la historieta que Dios le contestó: "¿Que más querías que hiciera?: fuiste tú el que no quisiste ser salvado. Yo te envié una canoa, una lancha a motor y un helicóptero, ¿qué más querías?"

Bien, a veces no sabemos reconocer estas señales de Dios, y nos obsesionamos, nos ahogamos por un problema y la solución está a nuestro lado; buscamos la felicidad de maneras equivocadas, en lugar de disfrutar de lo que se nos da. El Señor nos escucha siempre, pero no siempre contesta de la forma que le pedimos... A veces pedimos grandes cosas, y Dios está en las pequeñas cosas, las que pasan hoy y ahora, cada día y a cada hora concreta, en cada momento... ahí nos da "el pan nuestro de cada día"... No podemos dejar pasar aquella oportunidad, cada momento es especial...

Hay una canción de uno que se cree el rey que manda más que nadie y dice "y mi palabra es la ley..." Esto no verdad, porque ya vimos el domingo que no somos Dios, y nos estropeamos si no queremos obedecer la ley de Dios, como nos dice hoy el Señor por boca del profeta Isaías: "Así como la lluvia y la nieve descienden del cielo y no vuelven a él sin haber empapado la tierra, sin haberla fecundado y hecho germinar, para que dé la semilla al sembrador y el pan al que come, así sucede con la palabra que sale de mi boca: ella no vuelve a mí estéril, sino que realiza todo lo que yo quiero y cumple la misión que yo le encomendé". La Virgen María es la que sabe decir que sí a lo que Dios le pide, y es estupendo cómo nos trajo a Jesús. Los que dicen que sí, pueden hacer cosas grandes, como el paso del Mar Rojo, y aunque a veces lo pasen mal tienen la compañía del Señor. Por eso dice el salmo que el Señor está al lado de los que tienen roto el corazón, y los ayuda.

En el evangelio, Jesús nos recomienda la oración y nos enseña el «Padrenuestro». Podemos hablar con Dios como padre, “papá”, con una confianza de niño pequeño con su padre, santa osadía: Jesús nos anima a tratar a Dios como padre, como Él lo trata: “Padre nuestro, que estás en el cielo, / sólo tu eres santo, / tu estás por encima de todo, / eres ternura y misericordia. / ¡Bendito sea tu nombre! / ¡No abandones la obra de tus manos, / hazte reconocer por lo que eres, / que venga tu Reino, / que los hombres descubran tu presencia, / pues tú eres el Dios fiel!

¡Danos hoy el pan de la vida, / tu palabra y tu Hijo, / tu gracia y tu luz, / para el camino de este día! / ¡Bendito seas, / tú que has cancelado todas nuestras deudas / salvándonos por Jesucristo: / también hoy perdónanos, / como nosotros perdonamos / a todos los que nos ofenden, / en la paz de tu gracia! / ¡Padre, / no nos sometas a la gran prueba, / guárdanos en la fe y la esperanza / pues nunca renegaremos de tu nombre y tu palabra! / ¡Líbranos del Adversario, / pues tú eres nuestro Dios, el único, / Dios santo, Padre de ternura!” (Sal Terrae).

Es tan bonito ver que no es un “dios” lejano al que rendimos homenaje y pedimos a cambio cosas, sino un “padre” al que amamos y que espera de nosotros correspondencia a su amor. La palabra “abba” expresa esa confianza extrema en aquella tierra, la que los niños usan al echarse en brazos de su padre: algo así como “¡papaíto querido!”

Esto es la oración, que nuestro corazón se haga campo para la palabra como decía el profeta, tierra que se deja absorber por la semilla. Como María, para que esa semilla sea su alma, y una nueva vida pudiera ver la luz.